

F. DE OLIVEIRA CÉZAR

---

# Cuentos y Leyendas



Buenos Aires

TIPOGRAFÍA «LA VASCONIA»

*A. de Mayo, 781*

—  
1895



# Cuentos y leyendas

.

.



Intimos



## Voces de mi giralda

Vivo... en la torre de los vientos y jamás he hecho esfuerzo para subir á tal altura, mientras que suele serme un sacrificio descender hasta el nivel común.

Aquí tengo libros, telescopios, pinceles, arcilla suficiente para modelar mi mundo, bien pequeño por cierto, pero inmensamente más grande que el de allá abajo, donde se tropieza, á cada paso, con seres que se revuelven en el fango

de las malas pasiones; y una de dos, ó soy al juzgarles rematado loco, ó hago muy bien en alejarme de ellos.

Mi torre es gótica, tiene tres grandes salas rodeadas por cornisas y arbotantes, almenas y corredores que sirven de balcón y encuadran pesadas mamparas de vidrio y corte ojival, que la defienden de la intemperie.

Una escala de cuerda sirve para llegar á la giralda ó veleta, por entre las columnatas de la borla, copiada de la de San Pablo en Londres.

Allí están colocadas las tres cajas armónicas que poseo, de invención del fraile Kircher; y ellas han sido causa de un casual descubrimiento que quiero consignar.

La veleta, movida constantemente



te por los vientos, daba notas metálicas agudas, al girar sobre su eje; impedía la percepción musical, vaga y extraña, de los acordes combinados por las arpas eólicas.

Había llegado á conseguir se produjèran bien, las escalas ascendentes y descendentes en crescendo y decrescendo que producen al oído tan seductor efecto, pero me faltaba eliminar los ruidos de la giralda, y por fin, conseguí apri-sionarla por medio de un cordel, que la ha detenido varios meses.

La última noche de tormenta fui despertado por un canto entrecortado y lejano que parecía acompañar ó responder al eco de las arpas. Escuché con atención. Indudablemente aquellas notas, que simulaban letras ó sílabas, tenían relación con la armonía musical

que me era conocida; pero ¿qué podía producir las?

Atendí largo rato, y mi curiosidad subió de punto. Tuve que levantarme.

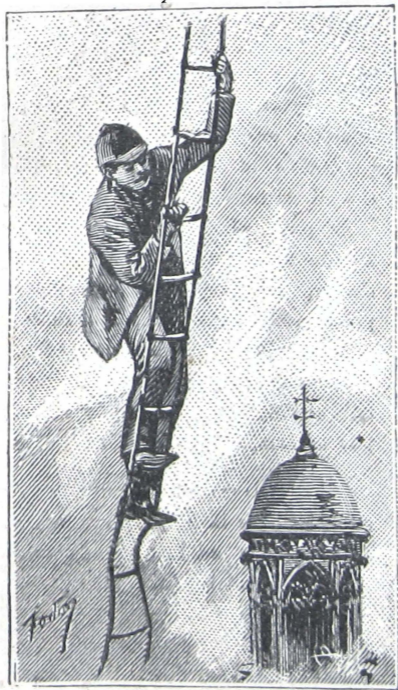
La cuerda que sujetaba la veleta, estaba floja, y ésta, obedeciendo al viento, se movía de nuevo sobre su eje produciendo sonidos cuya onomatopeya era:

Fi....a....i....de....i....a ...  
i ...li....a....i, y luego á la inversa:

i....a....li....a....i....fi....  
i....de....i....fi.

Resultando la relación de tiempo musical entre arpas y veleta, merced al hilo que las comunicaba movido por el viento.

Al siguiente día, temprano, subí me hasta la giralda y observé que



las notas primeras y agudas, eran efecto del roce de los metales en sus partes prominentes, mientras que los sonidos *de.....a.....* se producian al encontrarse cavidades ó intersticios de las placas.

Proporcionéme entonces una lima de acero, y ensayando supresiones, he llegado á corregir y perfeccionar esas voces, llevando á feliz término una obra de paciencia, pues mi giralda canta ahora, con claridad, y al compás de arpas eólicas, el nombre de:

Fi.... de.... lia.

que es el de la ideal criatura con quien sueño en la olvidada torre de los vientos.!



## Sombra opalina

La luz es la vida; por eso todo se anima en la naturaleza ante el esplendor del sol.

La flor tiene perfumes, el ave tierno canto, el riachuelo murmullos y el mar gigantes himnos.

Nuestro espíritu, ya vague tras irrealizables sueños ó persiga los ideales de la ciencia, tiene tambien deslumbramientos y penumbras que apagan ó iluminan las infinitas formas de sus pristinas creaciones.

Tras el móvil cristal de su carruaje la ví pasar ayer, como fugaz destello. Iba envuelta en un sayal de sombras, como la diosa homérica, y su busto admirable apareció esmaltado por vívidos reflejos. Luego, ideal, vagorosa, como mi alma la adora, se perdió á la distancia.

Habían cesado ya las voces y el ruido mundanal.

Los palacios y templos destacaban sus cúpulas alineadas á lo lejos como en vasta necrópolis perdida. Era la hora silenciosa que place á los espíritus que vagan retenidos en la tierra por intensos afectos.

El genio de la noche fué envolviéndome en los pliegues de su manto infinito, y me quedé dormido.

En el amplio cristal de mi ven-



tana se reflejaban ténues los rayos de la luna, y sus destellos tomaban lentamente forma de purpurnas alas tendidas hácia el cielo, como intensa aspiración; el oscuro sayal se modeló en las sombras; despues, entre reflejos nacarinos, su rostro apareció sonriente, y suave, quédo, á tientas, sin promover ruido, fui á estampar beso ardiente en los ojos azules de aquel ángel de luz.

Mis labios se posaron en el cristal helado. Desperté; y las indecisas sombras, los divinos ensueños, la purísima imágen, todo desapareció, deshecho al soplo de la fría realidad!





## Lámpara verde

Subí, llamé á la puerta, me hicieron penetrar en su salita de trabajo y tomé asiento en cómodo sofá.

Iba á hablar de nuevo con aquel hombre á quien deseaba conocer mas á fondo. Nos había ofrecido datos para un editorial y quise recojerlos personalmente. Encontrándole en la intimidad de su vivienda me explicaría yo mismo algo de lo que la generalidad llamaba sus rarezas.

Le creían un misántropo ó un loco; pero el vulgo es intolerante con quien no se defiende de sus ataques ó asechanzas.

Permanecía semanas enteras sin salir de su casa, yo le habia visto y oído sólo dos veces, su conversación era agradable é igual, animándose cuando trataba cuestiones pasionales ó artísticas.

Mientras anunciaban mi llegada, escudriñé los objetos que contenía el gabinete.

Una amplia biblioteca atestada de libros y colocada al frente, y un estante de diccionarios atestiguaba que aquel era local tranquilo de meditación y de lectura.

Oleos y acuarelas, grabados y fotografías colocadas muchas de ellas en caracter transitorio, decoraban las paredes, tapizadas con

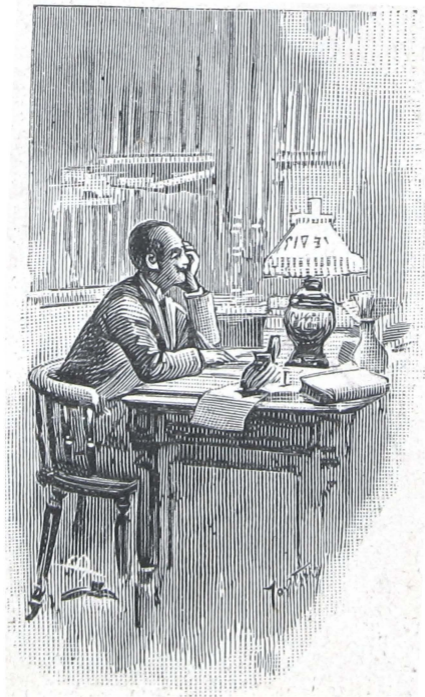
papel habana claro, floreado vagamente.

A falta de personas, gruesos tomos antiguos y modernos, permanecían repantigados sobre los muebles orientales, y algunas ediciones especiales parecían ocupar sitios de preferencia, como niños mimados de la casa.

Una mesa escritorio, colocada en el centro, soportaba considerable número de papeles, manuscritos y diversos objetos que en desorden aparente, resultaban protegidos por el círculo de una gran pantalla de papel verde frizado, que rodeaba una lámpara de bronce.

Volvió á entrar el sirviente que me había recibido:

«El señorito, me dijo, ha dejado en la carpeta los papeles que V.



busca; aquí puede escribir.» Y encendió la gran lámpara.

El aposento se pobló de alegre color verde-esmeralda, tomé posesión del escritorio, me instalé cómodamente y... quedé solo.

A la media hora había terminado mi trabajo; preparé un cigarrillo y pensé que era tiempo de marcharme; sin embargo, algo me retenía.

Probablemente algún objeto había sido aplazado por acto indiscernido para ser analizado entonces.

Instintivamente llevé la vista á la pantalla verde, y me fijé en unos signos, cuidadosamente dibujados sobre sus finos pliegues.

.....

Eran caracteres del alfabeto griego arcaico: apelé á mis recuerdos de estudiante y pude descifrarlos.

Se trataba de un nombre de mujer.

Vi también sobre la mesa, un legajo manuscrito que tenía igual título, y púseme á hojearlo leyendo en su primera página la siguiente

### Siluetas

« Su figura noble y reposada tiene mucho de la personalidad magnánima de una reina.

Su mirada es diáfana y serena como el azul del cielo, en un día de luz primaveral y llena de apacible melancolía, como el poema que promueven las flores á la templada claridad de la luna.

Su palabra suena como una melodía jamás oída, y hace entrever

---

un mundo de dichas inefables y de goces purísimos.

Ama la música y su espíritu artístico interpreta los inspirados arrobamientos de los clásicos.

Se pasea mucho menos de lo que desearían sus admiradores, y su carruaje como el carro dorado de una Hebe triunfadora, parece ir siempre demasiado ligero. Ella, esfumada en la penumbra fugitiva, meteoro de luz, pasa dejando en el alma algo como el perfume de una tierna esperanza.»

Tenia por tanto entre mis manos la clave de las locuras de aquel hombre original... Era un artista enamorado, que se ocupaba en producir filigranas valiéndose de la palabra.

El deber me impulsaba á no continuar la lectura emprendida, ese

.....

acto importaba un abuso de confianza. Coloqué el manuscrito en su sitio, recojí mis papeles llamé al sirviente y bajé las escaleras, reconstruyendo mentalmente algunas frases de las que había leído.

Han pasado muchos días desde entonces.

Cada vez que por la calle encuentro una mujer distinguida y hermosa, pregunto por su nombre, para saber si es la adorada del misántropo, y salir de la duda en que he caído no pudiendo definir si ese precioso nombre corresponde á deslumbradora realidad ó á ensueño de poeta.





## El grillo de Noche-buena

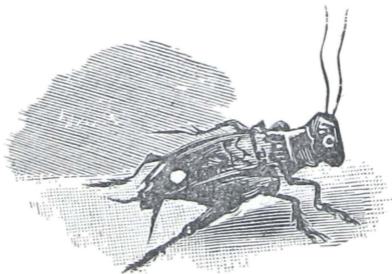
Tomé el sillón y me dispuse á leer á la luz de una lámpara y aprovechando el silencio; cuando de pronto, cri,..... cri,.....cric hizo un grillo que había tenido la original ocurrencia de subir á visitarme á aquellas horas.

A este insecto campestre y peregrino le habrán espantado de su antro las turbas que recorren las calles festejando Noche Buena

Los grillos ponen en actividad

.....

sus órganos sonoros cuando quieren llamar á su compañera son mas felices que yo, que amando tanto, me he comprometido á no manifestarlo.



No soy supersticioso; dede ser cuestión de temperamento, consultaré esto á un médico en oportuñidad; pero es lo cierto que, dadas las coincidencias que á veces me

han ocurrido, razón tendría para creer en augurios.

Hace dos años próximamente, otro grillo me tuvo sin dormir toda una noche. Al venir el día monté mi caballo y lo dejé correr casi sin dirección. Había salido el sol cuando me detuve en una amplia avenida de paraísos, en la proximidad: entre jardines y casas de campo alzabase una capilla en cuyo frontis leí ECCE ANCILLA DOMINI. Tuve curiosidad, dejé que descansara el brioso zaino, y salvé el dintel de aquel modesto templo.

Por los cristales de colores de las ojivas góticas se colaba suavemente la luz de la mañana, el ambiente era agradable, cargado de perfumes.

Cerca del altar mayor descubriase la elegante figura de una

jóven entregada á la oración.

¡Qué grata y eficaz debe ser la plegaria formulada por ciertas almas puras!

Quedéme suavemente poseído por un sentimiento de contemplativa beatitud.

Aquel instante fué breve.

La joven se alejó luego del templo y al pasar por mi lado reconocí que era ella.... quien alzaba sus soñadores ojos azules con infinita majestad...., y luego, indiferente, dejando tras su paso una onda de armonía, perdióse entre las flores, llevando, tal vez sin presentirlo, el sosiego de un alma conmovida, prendido á los encajes de su saya.

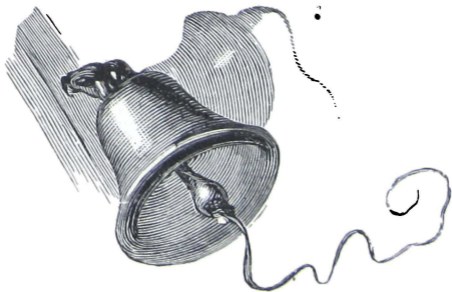
Cric.... cric.... cric....

Este es el mismo grillo de aquél día!

¿Cuánto viven los grillos?

Cuando se ama, hay voces misteriosas que nos hablan, y siéntese un placer melancólico hasta en el sufrimiento producido por la indiferencia.

Me incorporé ligero, tomé el sombrero, descendí la escalera, caminé con presteza y llegué por fin, oculto entre las sombras, á la solitaria avenida de paraisos. Llamé á la puerta de aquel lugar de paz, donde perdí la mía..... Nadie me respondió.



Qué lóbrega era la Noche Buena en aquel sitio!

Fué forzoso volver en busca de la luz para alejar la tristeza que se apoderaba por momentos de mi espíritu.

A las 12 de la noche, cuando repicaban las campanas de la fiesta en el Pabellón, que como nimbo de lucientes constelaciones se alza en la plaza del Retiro, me encontraba confundido entre los grupos alegres; escuchaba la cadencia bethoviana de una suave melodía, cuando de pronto, alcé la vista y junto á una feliz pareja, que chocaba las copas henchidas y espumantes de la dicha, ví contornearse en líneas claras, luminosas, la figura real, purísima, de aquella misma criatura.... cuyo rostro angelical pudo servir de modelo al autor de la



.....  
*Madonna de la Seggiola*, ó al inmortal Murillo.

Quedéme de nuevo en arrobador deliquio, la contemplé un instante, escuché su palabra, para mi más suave y rítmica que la música clásica y la poesía de los príncipes del arte, y dejéme arrastrar por fantásticas hadas tras los mundos de dicha que forjé en otro tiempo.

Luego, aparentando la glacial indiferencia que satisface su deseo, sin saludarla siquiera, me alejé de aquel sitio.

Cric.... cric.... cric....

Canta, pobre grillo! ya te escuchó de nuevo en mi vivienda.

La he visto una vez mas, y he tenido la suerte de saber que no hay otro hombre, que á su lado, desbarate las esperanzas mias.

Desde esta amplia ventana hun-



do en el cielo anhelante mirada y en la bóveda azul del firmamento veo el destello purísimo de sus divinos ojos:

La he amado con la suma de todos mis afectos.

Si me duermo, tal vez en sueño eterno, mis últimos suspiros serán la aspiración que me conduzca á las regiones de lo imperecedero.

.....  
¡Y pensar que de todo esto, que ella ignora, tiene culpa fundamental un grillo peregrino!



## Sueño de las turquesas

A la una de la noche, cuando la sirvienta cansada de esperar y dormida en un sillón, oyó el rumor promovido en la escalera por la llegada de sus señores, corrió á encender todas las luces del tocador de la niña, pensando contemplarla de nuevo engalanada, como habia salido, con su traje azul-turquí.

La jóven, al presentarse despojándose de su tapado rojo, corres-



pondió aquella atención con benévola sonrisa y fué á ocupar el confidente colocado entre dos grandes espejos que le permitían de nuevo contemplar su perfil y sus espaldas

.....

en la posición que tenía en su butaca con respecto á determinado punto de vista. Coquetería de mujer jóven y hermosa que deseaba terminar el día, estando segura del efecto producido ante aquél á quien suponía dotado de buen gusto y sutileza suficientes para deducir las delicadezas de su espíritu por los detalles de su modalidad y de su traje, (en lo que probablemente se engañaba.)

La actitud contemplativa duró sólo un instante, debió considerarse satisfecha, porque poniendo en acción sus delicadas manecitas, despojadas del guante, soltó su cabellera, quitándole los miosotís que la adornaban y fué á depositar sus aros de turquesas en una copa de cristal suavemente alumbrada por la luz de una lámpara de plata

antigua, con pantalla rosada, colocada junto al lecho.

Las notas producidas por las joyas al caer, notas vibrantes, de cristal, llamaron su atención y se volvió á contemplarlas, azules como sus divinos ojos, quedándose extasiada largo tiempo.

Pero la noche era fría y la sirviente tenía sueño; el éxtasis no pudo prolongarse. Las luces se apagaron, permaneciendo encendida sólo aquella lamparilla, y la jóven mezclando el recuerdo de la infortunada Manón Lescaut, que acababa de ver representar, el sonido producido por las turquesas y el deseo de dormir, entró al lecho, balbuceando la oración acostumbrada á la imágen de la virgen que pëndía sobre su almohada.

Sus largas pestañas cumplieron

por fin la furtiva promesa tantas veces repetida durante el día, de reposar juntas en la hora de los sueños.

.....

En medio del silencio empezó á oirse, de modo indiscernido, una música aérea, vagorosa, suave, como murmullo de frases, á la que iba unida la voz de las turquesas que decía:

«Somos hijas de oriente, y con gusto servimos para adornar tus orejitas rosadas, porque nos acarician las doradas hebras de tu pelo y tus dedos de estátua, pero no nos llesves á la Ópera, porque nos quema una mirada impertinente que viene como saeta; de las filas situadas á tu espalda. Somos azules como la lumbre de tus ojos,

como ensueños amorosos de los ángeles, y tememos á los amores y á las pasiones de esta vida, hemos sufrido con Manón y conocemos la leyenda de esos miosotis con que sugetas tus cabellos. ¿Quieres que te la contemos?»

«Era en el Rhin Azul. Una tarde de primavera dos enamorados ansiosos de alejarse de la costa y de estar solos, tomaron una barca y se lanzaron á las corrientes impetuosas.

«Mucho habían navegado, cuando á ella se le ocurrió adornar su seno con unas diminutas florecillas azúles que pendían de una peña en el centro de un rápido.

«Ah!... cuánto daría por tener esas flores! dijo ansiosa á su amante, y él le respondió: ¿qué pretenderás, hermosa amada mía, que

yo no lo consiga? Y fué presuroso á dejarla en la ribera para volver al rápido en busca de las florecillas azules. Volvió en efecto, pero cuando fué á tomarlas, la barca impulsada por la corriente, más poderosa que el brazo del mancebo, fué arrastrada al precipicio.

«Él, entonces, viéndose próximo á sucumbir, arrojó el ramo á los piés de su adorada, que lo seguía por la ribera y con amante voz, que repitieron los ecos de la montaña, le dijo: *¡no me olvides!* dando así nombre á esas flores.»

Callaron las turquesas, la jóven despertó y mirando instintivamente hácia la copa, vió que aquel ruido que la había hecho soñar, era producido por una mariposa que revoloteaba en torno de la luz, más



.....

feliz que otras que nacen y mueren con la misma aspiración, pero que jamás consiguen inspirar un sueño.



## El cofrecillo de marfil

«Venga V. ahora, me dijo mi amigo el practicante, que me había acompañado por las salas; voy á hacerle conocer el mas destornillado y entretenido de cuantos alienados se atienden en este manicomio.»

«Tal vez V. le ha conocido; es el caballero Z.... ó como le llamamos en la casa, el Barón, silencioso y taciturno: parece abstraído comunmente en hondas meditaciones.

.....

Debe haber sufrido algun terrible desengaño, observo en él vestigios de una pasión vehemente, tal vez alguna historia de las borrascas del alma, interesantes siempre, porque tocan lo íntimo de nuestro propio sér».

«Padece este hombre un delirio de estirpe ó de linaje, mezclando á su conversación conceptos de arte. Lleva siempre oculto sobre el pecho, un cofrecillo que ha despertado la curiosidad de todos, pero que nunca hemes podido ver. Cuando se le interroga, afirma que dentro está guardada la esencia de su vida, los efluvios inmortales de su genio, ó su alma, imperecedera».

Me interesó el relato, y de acuerdo con mi amigo, por ver el cofrecillo, convinimos en inventar cualquier novela á fin de que el enfer-

mo nos mostrase la misteriosa alhaja.

«Es erudito è instruido, agregó el practicante; prepárese V. á sostener debate en cuestiones artísticas y lo presentaré como cincelador enviado por el gran Sha de Persia, á solicitar la gracia de que se le permita copiar esa admirable pieza de arte antiguo.»

Llamamos á la puerta numerada con el 44. Un hombre de elevada estatura y figura distinguida se adelantó á recibirnos. El practicante estirando la mano y tomando actitud de respetuosa corrección: Presento á V. el baron Z.... dijo. El caballero Marticheli, célebre cincelador persa, enviado especialmente por el Sha, para visitar á V. S.

¿El gran Sha? Preguntó el loco abriendo desmesuradamente sus

grandes ojos pardos.—Le conocí en Paris el año 89, pero, francamente, creía que me hubiese olvidado, como todos mis amigos.—

Excelencia, repuse, no sólo tiene á V. S. siempre presente, mi señor y soberano, sinó que aspira á imitarle en el mas genial y clásico de los inventos que se deben á su númen excelso! Quiere como V. S. guardar en cofre griego la esencia de su vida, de su espíritu, y me envía á estas lejanas tierras, no siéndome permitido regresar á Persia sin una exacta copia del preciado objeto, debidamente autenticada por V. S.

¿Es V. realmente artista?..... preguntó de pronto, paseándome de los piés á la cabeza, una impertinente mirada filiatoria.

No me creo con derecho para

dar-me yo mismo ese honrosísimo título, agregué; pero me sentiré feliz, si al regresar á mi patria he satisfecho los deseos del soberano.

Pues bien,..... mi cofrecillo no es de Grecia, ni de Oriente, ni de Chipre!.... dijo, con aire de marcada burla, modelando en su rostro egipética sonrisa. Mi amuleto no proviene del Olimpo!.... A su infeliz monarca, le han engañado como á un tonto!.... El cofrecillo es arábigo purísimo y fué traído de la península española por mis antepasados, grandes nobles, que le guardaron mas de un siglo, oculto en la chimenea de la torre de uno de nuestros castillos de familia.

Observando detenidamente esa importante pieza arqueológica, repuse, será fácil definir su procedencia y las razones que V. S. tie-

ne para suponerla arábigo y no griega, como lo afirma el Sha.

El arte arábigo, agregó desdeñosamente, se distingue de los otros hasta en sus mínimos detalles. ¿Nó ha visto V. en la Alhambra de Granada, esos muros recamados de encajes que parecen movidos por la brisa y que no obstante han sido ejecutados en amplias y pesadas rocas?

Los árabes eligieron especialmente el marfil para labrar alegorías en sus cofres, y los preciosos metales labrados ó las ricas filigranas encuadraban sus obras portentosas que ningún *chambón* puede imitar ahora, porque el arte contemporáneo es pura quincallería y mercantilismo!

Tendría mucho que observar, repliqué un tanto cortado por el

cargo que se me dirigía en mi carácter de artista, pero ante todo no olvide V. S. que esos mismos materiales y esas formas arábicas no fueron desconocidas en la cultura Chipre, como tampoco el arte asiático y el griego. Los mercaderes fenicios pusieron en relación todo el Oriente.

—No llegará V. á convencerme —dijo el loco.

Esperaba conseguirlo, pero en fin, si eso es así, podemos ver el cofrecillo.

¿Pretende asesinarme?..... He dicho y repito, que si le abro se evapora mi ser,...! sería pues consentir en la *fuga de mi espíritu*.

Excelencia, repetí cambiando de tono, ¡nada de contrariedades!, ante todo estoy resuelto á no torcer la voluntad de V. S., de mo-



do que no juzgo necesario abrir ni tocar esa alhaja que puede conservarse en vuestras manos, mientras yo la copio, conformándome con el modelo de su forma exterior.

¡Ese es el arte de hoy.... para exterioridad!

¡No me queda otro recurso!

Pues eso mismo, es imposible!

Tuve por fin que retirarme, mas no había desistido de mi intento. Varias veces visité el manicomio en los días subsiguientes, pero todos los esfuerzos de ingenio y de dialéctica fueron completamente en vano.

Meses pasados, hablando con el practicante, me declaré vencido, pero esta mañana me despertó el sirviente con una carta y un paquete que me enviaba el Dr. X.

En la carta decía:

« Querido Marticheli:

«Supongo que V. no habrá olvidado al barón Z.... Pobre loco! esta mañana lo encontramos muerto. Sobre su corazón oprimía fuertemente el misterioso cofrecillo de marfil, que le envió empaquetado por si aun quiere remitirlo al Sha de Persia.»

«Es indudable que un infortunado amor le hizo perder el juicio.»

«Le recomiendo los papeles; contienen producciones literarias de algún mérito. Vá tambien una preciosa miniatura de mujer, vista de espaldas y tomada de perfil, debe ser la heroína del romance, no sé decirle si es persona real ó creación del loco. Si es real, envíele los escritos, y si nó, utilícelos alguna vez, escribiendo la historia de lo que nos ha ocurrido con el 44.»



**Esta mañana lo  
encontramos muerto.**

«Indudablemente, esos trabajos literarios y artísticos fueron ejecutados antes del descalabro del barón, pues le aseguro que mientras ha estado aquí ha tenido la cordura de no tomar la pluma ni el pincel.»

«Soy su afectísimo,

Doctor X....»

Salté inmediatamente de la cama, me apoderé del envoltorio y me apresuré á desenvolverlo; tenía vivo deseo de conocer y analizar despacio el cofrecillo de marfil, pero.... ¡triste desengaño!.... lo que por tantos años había ocultado el loco sobre el pecho, lo que contenía aquel paquete era solo una rústica y expresiva *calabaza!*





Leyendas

.



## Collo y Cozaiba.

En la civilización incásica, la condición social de la mujer habíase elevado á un rango muy superior al que tenía en otros pueblos de la antigüedad. Mientras que los chinos negaban la existencia de su sér espiritual, y era esclava y vendida entre los griegos, prisionera entre los turcos, y sacrificada, en la vejez, con arreglo á las leyes de otros pueblos, veíasela entre los quicchuas, cuyo adelanto



ofrece aún ancho campo de estudio à los espíritus investigadores, desempeñar altos cargos en el gobierno é influir en los destinos del estado, llegando, á veces, á conducir las huestes de guerreros al campo de batalla.

Al poner el pié en suelo americano los bravos conquistadores, vióse ya á *Amazili*, la hermana del defensor de *Tumbez*, decidir con sus flechas y su actitud valiente, de la suerte de aquella ciudad, prefiriendo darse muerte y arrojarse al mar, antes de que la fortaleza se rindiera en su rescate.

Después de la matanza desastrosa de *Cajamarca*, donde quedaron sobre el campo más de veinte mil guerreros, habíanse reunido en el templo del Sol los sacerdotes, los *Curacas* y los no-

bles sobrevivientes de la familia real, proponiéndose resolver en consejo dos temas, de importancia para la conservación del imperio.

Uno era el rescate del Inca, por el que debía ofrecerse cuantiosos tesoros de los templos y de las casas reales, y el otro, más importante tal vez, por la trascendencia que envolvía, se cifraba en averiguar claramente si aquellos infatigables lidiadores de tez blanca y largas barbas, que montaban en aterradores y ligeros mónstruos, y que había abortado el mar para confusión y espanto de los hijos del Sol, eran realmente semi-dioses é inmortales, ó estaban sujetos como todos á las pasiones y flaquezas inherentes al hombre.

Dos mujeres fueron en aquella ocasión las designadas por el *Vi-*

---

*Ulac-Humu* (gran sacerdote) y los *Amautas* (filósofos) para desempeñar tan delicada misión.

*Ocollo*, la hermosa favorita de *Atahuallpa*, fué encargada de negociar el rescate y la paz, y á *Cozaiba*, la arrogante cazadora, que tenía el prestigio de conducir á la lid las numerosas huestes de peruanos con sólo el poder de su elocuente palabra y la superioridad de su hermosura, se la destinó para investigar lo segundo.

Aquella mujer, que según la tradición se había mantenido virgen hasta entonces, hubo de resistirse á servir de medio á semejante prueba; pero tratábase de la salvación de la patria y forzoso era aceptar este cargo para quien afrontaba mayores peligros yendo al combate al frente de sus huestes.

Los *Amautas* quisieron instruir á la virgen india en los medios de seducción que debía poner en juego para lograr su objeto, una vez que se encontrase en presencia de los guerreros blancos, pero el *Villac-Humu* hizo notar lo insensato que era aleccionar á una mujer en asuntos tan propios de su sexo.

Sobre los muros de la ciudad vióse aparecer al pueblo en actitud de expectativa. A nadie se le ocurría que los *viracochas* pudiesen manchar sus aceros en la sangre de dos mujeres tan hermosas, y éstas, seguidas de un corto séquito de siervas, cruzaron la ancha plaza, dirigiendo sus pasos hácia el real del invasor.

Los conquistadores las recibieron en persona, y *Ocollo*, de

rodillas, solicitó se le permitiera una entrevista con su amado Inca, la que le fué concedida por Francisco Pizarro en estos ó parecidos términos:

«Levántate, hermosa peruana, y calma tu agitación. Puedes ver al feliz mortal que gozó de tus encantos.»

Y al pronunciar estas palabras, centellearon los ojos del guerrero, que no perdió, sin embargo, su altivez y fiereza.

Mandó entonces que la condujeran á presencia de *Atahuallpa*, disponiendo que asistiesen á la entrevista algunos intérpretes y capitanes, con el aparente propósito de conocer las noticias que pudiesen trasmitirse del campo enemigo, pero en realidad, con el objeto de evitar que *Ocollo* y



el Inca se prodigasen las caricias que envidiaba desde aquel instante.

La misión de *Cozaiba* era distinta, así es que había acompañado á *Ocollo* ataviándose lujosamente con perlas y esmeraldas.

Una vez en presencia de Hernando, hermano del conquistador, observó que fijaba en ella su atenta mirada, bajo la impresión de un ligero estupor que revelaba haberle despertado afecto.

A su vez la preciosa india, contemplando la arrogante y varonil hermosura de aquellos hombres superiores que en tan corto número habían sometido á su voluntad al Inca y á los millares de guerreros de su pueblo, sintió que en su pecho se despertaba una pasión extraña. Era la llama del más in-

---

tenso amor que jamás había sentido.

El rubor candoroso de la virgen asomó á sus mejillas, y Hernando, que reconocía en ella á un importante jefe de las huestes enemigas, comprendió cuanto más fácil le sería vencer en las lides de Cupido y nó en las del formidable Marte, si el ejército estuviese dirigido por tan seductores generales.

Rodeado de testigos, fuéle imposible á Hernando dar rienda suelta á las demostraciones que le inspiraba su deseo devorador, pero aprovechando un momento oportuno, dijo á la jóven:

A media noche saldré en destacamento al campo inmediato y te buscaré en la orilla del riachuelo para comunicarte un secreto importante.



*Cozaiba* adivinó el pensamiento y aceptó la cita del guerrero. También ella saldría en destacamento desde el campo enemigo.

La misión de *Ocollo* dió por resultado que se estableciera el precio del rescate de *Atahuallpa*. Una sala de veintidós piés de longitud por trece de ancho debía ser cubierta de oro hasta la altura del muro señalada por la mano del cautivo, que á este precio conseguiría su libertad.

*Cozaiba* nada pudo decir por el momento; su informe dependía de la cita.

Esto fué lo que expusieron las dos mujeres, presentadas de nuevo ante el consejo, y el pueblo, al saber la noticia de *Ocollo* y contemplar el sol esplendoroso de aquel día, quedó confiando en la

---

esperanza de futuros días de paz y de contento.

La noche tendió, por fin, su manto de tinieblas, y en la bóveda azul del firmamento titilaban infinitas estrellas con luz vaga y suavísima.

A la hora de la cita, Hernando se paseaba impaciente por la orilla del riacho.

Los escuadrones indios al mando de *Cozaiba* al toque de atambores y de lúgubres cantos, habían salido desde temprano á dar sepultura á los despojos de tantos muertos queridos.

El valeroso Hernando sufría en la incertidumbre de ser tal vez burlado, y no se le ocultaba la penosa situación en que quedaría colocado con respecto á los suyos, viéndose correspondido.

.....

*Cozaiba* á su vez, con el alma combatida por un mar de inquietudes, abandonó sus huestes y dirigió sus pasos hácia el sitio solitario donde debía tener lugar la entrevista.

Pronto se reconocieron y la palabra se detuvo en los labios de aquellos dos amantes. Por fin, Hernando habló.

La arrogante cazadora interrumpió su amoroso discurso.

«Hijo del Sol, le dijo, ¿Te atreves á profanar las sombras de la noche, hablándome de amores, cuando mi pueblo entona los cánticos sagrados de los muertos?»

«Sagrados son tambien para nosotros los vínculos que inspira el amor puro, respondió Hernando, asiendo de la mano á su hermosa interlocutora; y el Dios de lo infi-

nito que rige los supremos destinos y que me inspira una pasión tan grande, no se opone á que en este instante supremo te revele lo inmenso de mi cariño.

*Cozaíba*, al contacto de Hernando, y no extraña al afecto que se le manifestaba, sintióse vacilar, y cual frágil sensitiva, sin agregar palabra, dejóse conducir por aquel hombre, cuya personalidad estaba envuelta, para ella, en el misterioso nimbo de los más tiernos encantos.

En la penumbra del follaje y al susurrar del agua, entablóse entonces una amorosa plática.

Para los dos, pasó breve ese tiempo feliz que en el reloj de arena no se ha marcado jamás, y *Chasca*, el brillante lucero que anuncia la primera luz del alba

apareció luciente, obligándoles á retirarse á sus respectivos campos, después de prometerse nuevas entrevistas en que se darían pruebas de inextinguible amor.

Al siguiente día, *Cozaiba* fué llamada ante el consejo reunido en el templo del Sol, é interrogada de un modo solemne por el *Villac-Humu*, á propósito de su misión expuso, un tanto contrariada por la presencia del regio séquito sacerdotal, que ningún motivo tenía para dudar del origen divino de aquéllos extraordinarios seres.

El general *Rumiñahui* (ojo de piedra) el valiente *Zulmi*, *Calcuchima* y otros muchos varones de prestigio, recorrían en aquel momento las apartadas comarcas del imperio, organizando tropas que debían concurrir á Cajamarca

para hacer la defensa nacional y rescatar el Inca.

¿Pero cómo podía resistirse por la fuerza de las armas y del número, á los seres extraordinarios que disponian á voluntad del rayo y sembraban la muerte y el pavor cuando se les atacaba, como si fuesen dioses, ó inspirados por espíritus invisibles y superiores?

*Cozaiba*, de cuya palabra no podía dudarse, lo había dicho solemnemente en el templo del Sol: «Ningún motivo tenemos para dudar del origen divino de esos seres extraordinarios.»

La decisión y el arrojo de un puñado de aventureros era, sin embargo, lo que únicamente había decidido de la conquista del imperio.

Pizarro, con ciento ochenta hom-

bres dispuestos á morir ó vencer, anonadaba y sometía al vasallaje á miles de guerreros que habían paseado sus armas vencedoras por la mitad del continente. Tal es el poder moral de una resolución inquebrantable, y tanto anonada y envilece el ánimo de las masas populares el temor supersticioso de lo extraordinario y sobrenatural.

*Cozaiba* siguió encontrándose con su adorado en el bosquecillo solitario de la orilla del riachuelo, ó en las colinas inmediatas y otros sitios que escoge el amor, forzado á ser discreto.

El fanático Valverde, secundado por Hernando, la obligó, en una cita á renegar de su fé, y mujer al fin, víctima de un cariño que era superior y más vehemente que todos sus afectos, no declaró ja-

---

más al *Villac-Humu* y los *Amautas* que tenía pruebas evidentes de que los venidos de Oriente eran simples mortales, sujetos á las fatigas, pasiones y flaquezas del hombre y que, por tanto, podían ser vencidos.





## Liropeya

Los temibles *Char-huacs* (riberños) que ocupaban la Banda Oriental del Rio Uruguay, tan artificiosos como recatados para aparentar amistad á los invasores de sus tierras, vieron, á fines del año 1597, que una nueva avalancha de guerreros del mar, llegaba y desembarcaba en sus costas, ocupando la pequeña isla conocida hoy por de San Gabriel, y que

---

está situada frente á la Colonia del Sacramento.

Las naves de blanco velámen, habian aparecido en medio de los estragos de una furiosa tempestad, y esta circunstancia, como los antecedentes que los indígenas tenían de tan incómodos visitantes, nada tranquilizador les auguraba.

Aquella expedición era mandada por el Adelantado D. Juan Ortiz de Zárate, quien no se mostró dispuesto á cultivar buena relación con los que debian ser sojuzgados, aunque de ellos dependia en gran parte que mejorasen las condiciones de subsistencia después de las privaciones inherentes á una larga navegaci6n.

Los *Char-huacs*, no obstante, "cargados de presentes, que consistian frecuentemente en piezas de

---

caza ó en legumbres, se insinuaban generosamente tratando de establecer una amistad que creían indispensable para conocer la importancia de sus terribles opresores.

Aquella situación no podía ser duradera. Los indios apresaron en los bosques á un guerrero castellano, y éstos á su vez aprovecharon una excursión de caza para apoderarse de Abayubá, gallardo y valiente mozo, sobrino del cacique Sapican, quien, por su destreza en el manejo de las armas, su valor y su esfuerzo era bien querido de la tribu entera y especialmente de su tío.

Veinte guerreros elegidos fueron hasta la proximidad de las naves españolas á ofrecerse en rescate de aquel gentil cautivo y pi-

dieron al Adelantado de la mejor manera que se concediese la libertad á Abayubá, quedando ellos en su lugar y voluntariamente como siervos.

El altivo español negóse á aquella súplica y, lejos de mostrarse generoso, lo que tal vez hubiera movido á los naturales á una amistad más verdadera, dió orden de apresar al lenguaraz ó intérprete disponiendo se alejasen los que le acompañaban.

Abayubá tenía una hermana joven y hermosa como las silvestres flores de los prados: llamábase Liropeya, y en compañía de otras doncellas indias, sin haberse dignado conceder á ningún hombre la posesión de sus encantos, vivía en una selva apartada donde estaba al amparo de extrañas ase-

chanzas, y á la que sólo se penetraba por senderos misteriosos que únicamente podía descubrir el ojo sagaz y experimentado del hijo de los bosques.

Aquella arrogante beldad india había visto rendidos á sus plantas á los más valerosos capitanes de su tribu, pero sólo al atlético Nandubayu, el que vencía en la carrera soportando sobre sus hombros dos guerreros y salvaba de un salto los formidables troncos abatidos á su paso, le había concedido la gracia de las tiernas miradas de sus grandes ojos negros.

Los dulces coloquios de amor habían empezado en una de esas tardes tibias de primavera, en que el mirto y las lipias adornaban la negra cabellera de Liropeya, bajo las amplias grutas del aroma ta-

chonado por las campanillas blancas que, sólo en las vírgenes espesas, abren sus delicados pétalos á la templada luz del astro de la noche.

Llegado el invasor á aquellas playas, los guerreros indígenas, en grupos y legiones, corrieron á preparar sus armas, y las madres, como celosas *pumas* que presienten la proximidad de un peligro, habían ido á ocultarse con sus hijos en selvas apartadas.

Liropeya ai despedirse de su rendido amante, y sabiendo que su hermano Abayubá era cautivo, le dijo, acariciando su busto de gigante: «Seré tuya cuando cinco de los enemigos de nuestra raza hayan sido rendidos por tu brazo.»

Ñandubayu había sentido hervir en su alma el deseo de vengarse,

---

y sin responder palabra, con su pesada lanza de guayacán entre las manos, corrió hácia el real del invasor invitando á los más bravos á establecer la lucha.

Los guerreros castellanos ven con asombro á aquel salvaje, que, separado de los suyos, avanza desafiándolos á duelo singular.

No es, por cierto, un valiente lo que falta entre el grupo de aventureros que rodea al Adelantado Zárate. Aquella liza vá á proporcionarles una animada fiesta, y unos cuantos se aprestan velozmente para aceptar el reto; pero el sargento Carballo, echando mano á una lanza y calzando la armadura, salta rápido sobre el lomo de su caballo de pelea y arremete al galope hácia el paraje donde Ñandubayu los provoca.

Una sarcástica risa y un alarido de triunfo resuena por el bosque. Son los *Chir-huacs* que se alegran viendo que el invencible va á medirse cuerpo á cuerpo en la pelea.

La hueste castellana corona una altura en la proximidad de sus bajeles, y los guerreros indios, entre algazaras bulliciosas, animan á su gladiador desde el vecino bosque.

El lancero indio, en arrogante actitud, espera á su rival que, ligero y cubierto de brillante casco, detiene su corcel frente al contrario para cruzar sus lanzas.

Se miden con la vista y arremeten.

La ventaja está de parte del jinete, pero el potente brazo de Ñandubayú resiste al primer bote y luego á un segundo más violento.



Jugando un molinete con su pesada pica, parece, más bien que esquivar la lanza, probar la fuerza del brazo de su diestro adversario.

De pronto retroceden guardando la distancia, y ya de nuevo van á acometerse, cuando el musculoso indio, dando un salto hácia atrás y arrojando á cien pasos su pica formidable, deja escapar de nuevo un grito de alegría, y con sólo la fuerza de su mano y una inflexión de cuerpo desvía la aguda punta toledana.

Corre entonces á la selva dando gritos y fingiéndose vencido, mas Carballo lo sigue á corta distancia.

Están ya sobre la entrada de la gruta donde se oculta la india. El español piensa dar muerte en aquel sitio á su contrario, que amparándose por medio de ligeros movi-

mientos, detrás de un grueso tronco, impide al caballero hacerle daño.

Una hermosa figura de mujer aparece en ese instante entre el follaje. Su presencia reanima al valiente indio que ha querido rendir á su rival á los piés de su adorada.

La escena del combate cambia entonces de pronto. El *char-huac* asido de la lanza cuya punta ha rozado sus espaldas varias veces, desmonta bruscamente al inexperto jinete y, tomándolo entre sus brazos, se establece la lucha cuerpo á cuerpo.

Quiere uno asegurarse de su presa y el otro intenta desasirse de tan poderosas garras, para desenvainar la espada, pero el brazo del indio ha dejado sin acción al



caballero. Lo levanta en la altura y lo rinde por tierra velozmente. Va á darle muerte ya; cuando, conmovida ante la víctima, Liropeya intercede y ruega á su amante que no le quite la vida.

Es grato acceder al ruego de la mujer amada, y retirándose, Ñandubayu deja que se alce del suelo el castellano.

Por Liropeya fué á la lid, y es ella ahora, quien desarma su brazo.

El vencido sabe entonces, por boca de su contendiente, que la amada de su corazón le ha exijido cinco víctimas para acreditar su valor y rendirse á su cariño.

Carballo observa la original figura de la virgen, y en presencia de tanta belleza, siente turbarse su razón.

¿Cómo poseerla?

No estaban los hombres de aquellos tiempos acostumbrados á confiar en la reflexión y la intriga para realizar sus propósitos, y Carballo, olvidando la escena que acaba de producirse, desenvaina su espada, y con la rapidez del pensamiento, envasa á Ñandubayu con tan certero golpe, que el cuerpo gigantesco del fuerte indio, cae exámine como el árbol de la selva tronchado por el hacha del rudo jeñador.

El guerrero castellano se encuentra entonces frente á frente de la hermosa *char-huac*, que le ve atemorizada, doblar ante ella la rodilla pronunciando apasionadas frases.

Liropeya parece sumergida en éxtasis extraño. Comprende, por la actitud, mas que por las pala-

bras, que no escucha, que es requerida de amor, allí, sobre el cadáver de su amado.

¡ Ah! ¿Cómo vengar aquel cobarde sacrificio?

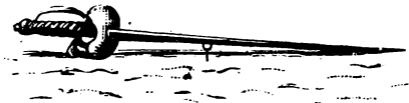
Mas no.... Ahoga su dolor rápidamente. Parece estar dispuesta á acceder á los propósitos de Carballo, pero antes, dice, “es necesario dar sepultura en este sitio al que hasta ahora fué único objeto de mi cariño.”

Bien sencilla es para el español la tarea que se exige. Despréndese el cinto y la espada, que deja sobre el terreno, y provisto de una pala india, da comienzo á la abertura de una tumba.

— Y bien, — dice el sargento, cuando ha concluido su obra, — están cumplidos tus deseos; ven ahora y huyamos

Pero Liropeya, sobre el borde de la fosa, tomando la espada por la hoja aun manchada con la sangre de su amante, afirmala sobre la dura tierra, y agrega: "Todavía te falta otra víctima, aquí la tienes. El suelo ha sido abierto para dos que juraron estar juntos en la vida ó en la muerte". Y clavándose la espada en el corazón. cae á los piés de su adorado.

Ante aquel cuadro, el sargento escapó despavorido.

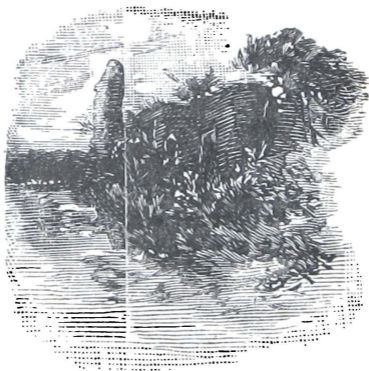


## Las tapias del enmascarado

En las cercanías de la ciudad de *Chuquisaca* existía, á principios de este siglo, un viejo muro de ennegrecidos adobones, que dejaba asomar por entre ámplias grietaduras, malezas y ramazones de una vegetación acaparrada y espinosa.

Reptiles ponzoñosos, vampiros y buhos tan sólo disputábanse la estancia, cuya posesión el hombre había abandonado desde hacía mucho tiempo.





Al caer la tarde, los caminantes ó leñadores que venían de la montaña apuraban su marcha para alejarse pronto de donde era sabido que, en la noche, vagaban espíritus malignos, reuniendo en las sombras las almas elegidas por su precocidad.

---

Cuando los caminantes iban juntos, narrábanse las historias ocurridas en aquellos sitios endiablados, y la conversación recaía siempre en el fin misterioso, de la hija del minero.

Tula era joven, bella y delicada como las blancas *grandi-floras* que en la hora del silencio abren su cáliz para mostrarse á las caricias tiernas de la luna; suave, como el perfume del prado americano; inocente y pura, como la torcaz *urpila* del bosque de algarrobos; alegre y juguetona, como la gentil corzueta del campo de espadañas. En su alma de niña aún no había aparecido esa llama voraz que agita la existencia y enciende las pasiones. Constituía la felicidad, la única dicha de sus ancianos padres, que veían en ella una aca-

.....

bada prueba de la bondad divina.

Pero Tula, mimada por todos, rodeada de las atenciones y cuidados de viejos servidores y de esclavos sumisos, fué sustraída de entre ellos la noche de un día de Corpus, sin que nadie atinase á descubrir el sitio donde había sido ocultada, ni quien fuese el raptor de tan valiosa prenda.

Aquella irreparable desgracia puso fin á la existencia de D. Mendo y de su esposa, ricos señores del Potoxí, que, en su infortunio, habían ofrecido los cuantiosos minerales de su hacienda al que les hiciese la devólución de su hija.

En la suntuosa procesión del día de Corpus Christi, entre los grupos de frailes ataviados con vistosos ornamentos, era costumbre fuesen enmascarados penitentes, caballe-

ros y militares que vestían de negro y cubrían sus cabezas con enormes bonetes puntiagudos. Al pasar



la procesión por la casa de D. Mendo, de entre ellos uno había fijado atentamente su mirada en Tula y

la figura siniestra y descarnada de aquel desconocido debía ser la del mismo que la siguiente noche, cuando la población dormía tranquila, llamó á la puerta del convento de frailes Recoletos, pidiendo un confesor para salvar un alma penitente.

Fray Diego, aunque contrariado por la oscuridad y la hora á que eran solicitados sus auxilios, no vaciló en cumplir con los deberes que su ministerio impone, y se lanzó á la calle acompañado del caballero embozado que se ofreció á guiarle.

Habíanse ya alejado del centro de la ciudad, cuando el padre confesor, temeroso de ser comprometido en alguna aventura inesperada, intentó retroceder, pero el desconocido tomándolo por el cue-

llo y poniéndole en la cara el cañón de su trabuco, impúsole silencio y le obligó á marchar.

*¡Cumpla Vd. su deber!* fueron las únicas palabras con que el desconocido respondió á las súplicas del fraile, que asustado y temeroso, vióse obligado á penetrar por las ruinosas galerías de tapia ténue-mente alumbradas por la rojiza luz del cigarro de su siniestro guía.

Chocaron con los pies contra un objeto y movióse en la sombra un ser humano. Estaba aprisionado por cuerdas y cadenas. El hombre de la capa le asió bruscamente, arrancándole de la boca una mordaza. . . . . *¡Cumpla Vd. su deber!* dijo de nuevo al fraile, y éste, atónito, tembloroso, escuchó los lastimeros y desgarradores ayes de una infeliz mujer, que llorando

amargamente, suplicaba intercediesen por su vida.

Aquella horrible escena entre tinieblas, era complementada por los vampiros, ávidos de sangre, que golpeaban y caían sobre las víctimas, rozándoles la cara con las frias membranas de sus alas.

De pronto fray Diego fué arrancado de aquel sitio por el brazo de hierro que antes lo había tenido, y llevado de nuevo á la proximidad de la villa, apenas recobró su libertad, arremangóse el hábito y echó á correr hácia el convento con rapidez de gamo.

¡Socorro!.... vecinos.... auxilio! gritaba por las calles el aterrado fraile, pero recién después de amanecer salieron en su auxilio algunos hombres armados de garrote y decidieron internarse en

las ruinas, donde encontraron en la arena las señales de la lucha; junto á una peña bañada en sangre, largos mechones de cabello, y un reguero rojizo que iba por sobre aquellas tapias y se perdía en las selvas.

Los vecinos volviéronse á sus casas, comentando lo que les había ocurrido, y desde entonces suele oírse en las noches oscuras, el ruido de cadenas arrastradas por sobre las murallas; véanse luces fosforescentes y apariciones que dejan los aires impregnados de azufre. Siguen á esos ruidos, lastimeros ayes, quejas de moribundos, de vírgenes, de criaturas indefensas, lentamente sacrificadas por la crueldad de verdugos intangibles, y no falta quien recuerde el triste fin de la infortunada Tula.



## Origen de la Queña

En medio del país de las montañas, levántase gigante el *Illi-mani*, coronado de nieves eternas como el mundo, las que ruedan á veces por sus faldas convirtiéndose en linfas transparentes que serpentean y caen en arroyuelos como hilos caprichosos de plata brillante y movediza.

En uno de esos valles azulados, á la orilla de un torrente bullicioso, existió en otro tiempo una ermita

de piedra que apenas podía descubrir el caminante porque la rústica arcada del portal estaba oculta



por las hiedras silvestres y las zarzas en flor.

Un hombre misterioso, de largo sayal blanco, ocupaba aquella es-

tancia solitaria, sin que nadie supiese de dónde ni en qué tiempo había venido á morar en tan apartado sitio.

Al venir el día, ó á la caída de la tarde, los écos de la montaña solían repetir los acentos de un monótono canto. Los tímidos naturales, consternados por tan extraña música, se retiraban entonces á sus chozas y no acertaban á interpretar el sentido de tan confusas palabras.

Aquel ermitaño, era talvez un caminante que había quedado perdido en medio de los valles sin salida. Como los hijos del mar, tenía barbas doradas, y su larga y rizada cabellera era del color del metal de las divinas ofrendas. Sus ojos eran azules como el cielo en los dias de calma, y sus cantos

parecían himnos piadosos, alzados en alabanza del ser omnipotente que ha creado el universo dando vida á los seres, con el soplo templado de su aliento.

En esos cantos *Pachacamac* era tal vez glorificado.

El *Curaca* de la tribu, que tenía su asiento por aquellas montañas, poseía una hija hermosa á quien llamaban *Quena*. Sus ojos eran negros, sombreados y apacibles como las noches americanas fulgurantes de estrellas, y estaban velados por una tierna expresión que tenía la propiedad de hacer soñar con dichas inefables. Su cuerpo juvenil conservaba la pureza del rocío de los prados y el perfume inocente de las flores silvestres. Su dulce voz, era como el murmullo de las aves cuando en

amable libertad entonan sus poemas. Iba á cumplir diez y ocho primaveras, y sin embargo de su hermosura, nadie había despertado en su alma el purísimo afecto de la vida.

*Quena* no obstante tenía ilusiones y esperanzas, y había soñado alguna vez encontrar un alma de fuego, noble y generosa como la suya.

Una tarde, escuchaba la canción del ermitaño y la curiosidad la indujo á apartarse del camino por donde iba á la fuente en busca de agua cristalina, quería ver por sus ojos al hombre misterioso del largo sayal blanco, y dirigió sus pasos al torrente ocultándose tras los mirtos, las lipias y el retamo.

No creyendo ser vista, sumergió suavemente su cántaro de arcilla

---

en las móviles corrientes, y un ruido extraño se produjo, apareciendo entonces junto á ella la figura del hombre misterioso.

Era la hora en que el sol se oculta en el ancho regazo de los mares, y la tímida doncella, sorprendida, trató de separarse de aquel sitio.

«No temas, bella niña, la dijo el ermitaño; soy un monje perdido que canta el *angelus* de gracia, en la hora del crepúsculo.»

Y la niña se detuvo contemplando aquel hombre, y el pobre monje interrumpió su canto admirando la belleza de la hija de los valles.

Pasó un año y los indios habían aprendido de memoria la canción de la tarde; ya no se retiraban á sus chozas consternados por la ora-

ción del monje, que solía repercutir por los collados acompañada por la dulcísima voz de la hija del *Curaca*. Pero la jóven se había vuelto pensativa y triste, á veces vagaba solitaria por la orilla del torrente y dejaba suelta su negra cabellera, que adornaba con azucenas pálidas del lago, ó con las mústias hojas de los pámpanos verdes.

*Quena* había olvidado las alegres canciones de su tribu, aprendiendo en cambio el idioma del misterioso monje y por último ella sola entonaba la canción de la tarde, que repetían los écos. Ya no tomaba parte en las fiestas populares, ni atendía á los alegres mancebos que sacaban nuevas notas de sus flautas de caña.

El rostro de la joven era desco-



lorido, y viósele cambiar el chal ligero y el collar de cuentecillas de oro de las mujeres de su raza, por un blanco sayal, largo y semejante al del monje de la ermita.

Un día ocurrió que no se oyeron más los cánticos del *angelus*, y



---

*Quena* no volvió á la casa de sus padres.

Los *llamichec* que cuidaban sus rebaños por las agrestes cimas, fueron encargados de buscarla, y por más que se esforzaron en recorrer los bosques y los prados, nada supieron de ella. Resolvieron entonces ir de nuevo á la ermita, aprovechando la claridad de la luna, para saber si *Quena* se había quedado allí.

Algunos se aproximaron hasta la orilla del torrente y á media noche, escucharon la angustiada lamentación y el llanto desconsolado del monje que permanecía sobre la piedra mortuoria de una fosa reciente.

«*Quena* ha muerto!—se dijeron, y el hombre misterioso ha sepultado su cadáver.»

Los pastores se retiraron llorando la pérdida de la más hermosa joven de su tribu, y después se propusieron sustraer aquel cadáver del poder de un extraño. Con ese objeto, fueron muchas veces al torrente aprovechando la claridad de las noches de luna; pero siempre encontraban al monje de la ermita llorando sobre la triste fosa.

Largo tiempo tuvieron que esperar para conseguir la realización de su propósito; el cadáver fué, por fin, sacado una noche y transportado á la cumbre de una montaña, donde estaban las *huacas* de los muertos queridos. Pero en medio de la oscuridad los *liamichec* habían olvidado sobre aquella tumba una de las tibias del cadáver.

Nadie había visto más al monje

blanco, y en las noches oscuras solían oír consternados en el interior de sus cabañas, la música profundamente triste de un instrumento extraño. Algunos aseguraban que aquellas lamentaciones eran dadas por el espíritu del ermitaño que se había vuelto loco y corría sin descanso de una á otra choza, dejando en los zarzales espinosos, los flecos sueltos de su blanco sayal despedazado.

Los pastores más resueltos llegaron una tarde hasta la ermita, dispuestos á averiguar qué era lo que producía aquella música profundamente triste, que imitaba el lamento de los moribundos, y la doliente queja sin consuelo. Llegaron hasta la tumba abierta á orillas del torrente, y allí dentro, encontraron los restos del infortunado ermitaño que

yacía oprimiendo entre sus dedos de esqueleto, un instrumento que el mismo había construido con la tibia de la mujer que amó.

Los *llamichec* se apercebieron entonces de que éste era una especie de flauta, parecida á la que ellos fabricaban con pedazos de caña, pero que tenía mayor número de agujeros colocados en diversa posición, lo que propendía á que se produjera una sonoridad extraña y lúgubre.

Sepultaron al monje en las *huacas* de la montaña, y recogieron la tibia para aprender como él á quejarse tristemente por medio de notas musicales.

Desde entonces fabrican sus flautas á semejanza de la del ermitaño, y les llaman *Quena-Quena* en recuerdo de la infortunada joven

hi del *Curaca* del *Illimani*.

La metempsícosis ó el transformismo en que cree la ardiente imaginación de los quicchúas les permite ver el espíritu de Quena, flotando en el murmurio sollozante de los vientos, en el melancólico rayo de la luna ó en la nota prolongada y quejumbrosa del vuelo de los cisnes que se alejan.



# Índice

.



# ÍNDICE

---

## Cuentos

Voces de mi giralda.....	3
Sombra opalina.....	9
Lámpara verde.....	13
El grillo de Noche buena...	21
Sueño de las turquesas.....	30
El cofrecillo de marfil.....	38

## Leyendas

Ocoilo y Cozaiba.....	53
Liropeya.....	70
Las tapias del enmascarado	85
Origen de la Quena.....	94





## OBRAS DEL AUTOR

---

*La Vida en los Bosques.*  
*Leyendas Quicchuas.*  
*Amores de una India.*  
*El Cacique Blanco.*  
*Leyendas Guaraníes.*  
*Güemes y sus Gauchos.*  
*El Corsario La Argentina.*  
*Las Invasiones Inglesas.*  
CUENTOS Y LEYENDAS.

En preparacion:

*Fábulas en Prosa.*  
*La princesa "Curi-Coillur."*  
*(Romance incásico).*



